

Augusto Caccia-Bava, Carles Feixa y Yanko
González (Editores)

Jovens na América Latina*

Roberto Morales Urrea**



Son siete l@s autores de este documento, cinco son ellos y dos son ellas, aunque la condición de género no se evidencie en los trabajos presentados, es obvio a estas alturas que debería ser uno de los ejes relevados cuando de construcción de identidades se trate, como son las referencias ancladas en las historias de Argentina, Brasil, Chile y México, que son aquí desplegadas en las imágenes multicolores y en los discursos polifónicos de las diversas expresiones inscritas. Pero, tal diversidad ha sido organizada en los países, en sus territorios y Estados, en el proceso de industrialización e instalación del capitalismo, invisibilizándose así la diferenciación étnica que no es un dato menor por estos lugares, si anotamos el dato que juntos hay unos trescientos grupos étnicos “indígenas”.

¿Qué tan jóvenes son o se sienten? No nos lo dejan saber, aunque podamos suponer que el material con el cual construyen sus discursos,

* Sao Paulo, Escrituras, 2005, 327 pp.

** Académico del Instituto de Ciencias Sociales, Universidad Austral de Chile.

los ha impregnado de un espíritu y de un deber, los ha convertido quizás en militantes de lo juvenil, en guardianes del tesoro, en misioneros del conocimiento, con el riesgo de transformar los resultados de sus investigaciones en una nueva ideología.

¿Qué tan pertinente es trabajar con “América Latina” como una categoría teórica?

Desde el inicio se plantean críticos del eurocentrismo de la epistemogénesis de las ciencias sociales, no obstante nos transmiten sus resultados de investigación, de una manera justamente eurocéntrica, especialmente en el modo de historizar: diacronía lineal y correlativa, predominando la documentación escrita. Ni siquiera el material de los sueños que han alimentado a los jóvenes a que hacen referencia, les ha permitido transgredir, romper y transformar las relaciones hegemónicas de poder que la circulación del conocimiento académico establece, para atreverse a explorar otras modalidades de transmisión de lo conocido y por conocer.

¿Cómo son construidas estas historias?

Sergio pone el énfasis en la dinámica participativa de los jóvenes argentinos, profundizando en algunos hitos políticos, desde una posición que legitima y valora tales movimientos. Destaca las expresiones artísticas juveniles a través de revistas literarias, música rock, cine, teatro. Al referirse al período desde los años 60 y especialmente cuando trata los años 70, me parece que está esquematizando, que es cortoplacista, y que no se conecta con el ethos del movimiento popular. Además, abstrae la lucha social entre clases, al denominar a las clases dominantes como “sectores del capital” que se ampararon en la doctrina de seguridad nacional; ocultando así lo que precisamente en Argentina se ha intentado con relativo éxito de develar, es decir, los responsables económicos, políticos y militares de las violaciones a los derechos humanos y de las crisis económicas e institucionales que ha vivido esa sociedad.

Un gran aporte teórico y metodológico es su capacidad de ir dando cuenta de las transformaciones en la sociedad, acompañando al detalle el pulso de las historias locales urbanas especialmente. Acerca de lo que llama la sociedad de consumo y el mercado, aporta con llamarnos la atención respecto de la masificación del shopping, tanto como actividad cuanto como espacio, diciendo que se ha convertido en un “lugar de encuentro” juvenil.

Referirse en plural a la juventud es un buen soporte intelectual, más aún

si se las entiende compuestas de múltiples identidades y biografías que los jóvenes van construyendo

Augusto y Dora, me parece que con relativo éxito consiguen situar a los jóvenes en la historia que reconstruyen del Brasil, al pretender contraponerse a la hegemonía del discurso dominante con una historia escrita desde dentro. Establecen las relaciones entre el protagonismo juvenil y las desigualdades sociales, así como la constatación del autoreconocimiento como sujetos históricos y políticos por parte de los organizados, y afirman la posibilidad del reconocimiento institucionalizado de los derechos juveniles.

Sus conclusiones, aunque preliminares y temporales, me parecen no suficientemente argumentadas, cuando señalan que dos rasgos constantes de lo juvenil han sido su ingenuidad y su honestidad, ya que se basan más que nada en la documentación y antecedentes de líderes específicos (en cuya fase adulta y ejerciendo responsabilidades en la administración y/o legislatura pública, al parecer se han desprendido de tales rasgos ¿valores?). Del mismo modo me parece forzado afirmar respecto del protagonismo juvenil brasilero, que sus manifestaciones han tenido un carácter popular y de masas. (O sea, ¿el MST es juvenil? ¿el PT lo es?)

Me quedan dando vueltas aquellos ámbitos populares y de masas de la sociedad brasilera y que no son analizados en este trabajo, los del fútbol, los carnavales, candomble y umbanda. Yanko pasa del debate del caso chileno, a una visión que pretende articular algunos países de América Latina, instalando a la juventud estudiantil y artística como el motor de las transformaciones ocurridas en estos territorios.

Nos aporta con un conjunto de antecedentes cuidadosamente articulados y respaldados con la acuciosidad propia de los rigurosos, aportando decididamente al análisis histórico y antropológico con el planteamiento que el prototipo identitario juvenil latinoamericano hasta inicios de los años 70, estuvo marcado por una matriz “mesocrática-ilustrada-masculina”, entregándonos de esta manera un marco analítico que nos permite interpretar no solo lo sucedido en el período anterior, sino además entender las nuevas conformaciones de las identidades juveniles que alcanzarían a los sectores populares.

Rescata la figura juvenil de Vicente Huidobro como un sujeto de su época, aquella precisamente de la emergencia de lo juvenil como sujeto histórico, período fecundador de la historia local que se teñirá de sangre, extendiéndose en el espacio-tiempo de una sociedad que se abrirá a nuevas experiencias y viejos conflictos.

¿Donde está la dialéctica que inicialmente nos promete? ¿entre los jóvenes chilenos y el contexto “latinoamericano”? ¿Entre los jóvenes y los sectores sociales a los cuales pertenecen? ¿Entre las dimensiones del espacio social y el tiempo cultural?

Maritza y José, trabajan en México con la noción de imágenes culturales que Feixa ha propuesto para aproximarse a la historia de la identidad juvenil, haciendo una pertinente distinción en el proceso de construcción de esta, por una parte, lo sociocultural desde las instituciones y por otra, lo cultural desde lo juvenil. Sostienen su análisis de la construcción juvenil de lo cultural, en el planteamiento que esta se expresa en esferas interrelacionadas como son la sociabilidad, la política y la cultura, teniendo esta última la facultad de superordenar la identidad.

Con exagerado énfasis establecen que solo a partir de las prácticas culturales simbólicas, se pueden reconstituir las representaciones que los jóvenes tienen acerca de sí mismos, insistiendo que tales prácticas son las constitutivas de la identidad, la que se dramatiza en los llamados “estilos”.

La valoración que hacen de la práctica como ancla del conocimiento posible, es una refrescante vuelta a los orígenes de la lectura crítica de la realidad, escapando así de la seducción que sobre el trabajo intelectual ejercen los juegos de abstracción.

Carles, la referencia teórica recurrente, se refiere a la historia como el nacimiento, crecimiento, apogeo y muerte, para enfrentar el desafío de delinear la construcción histórica de la juventud. Muy consciente de las dificultades prácticas y teóricas de una labor como esa, nos avisa de entrada que no hará exhaustiva historia comparada, y transfiere la dimensión temporal a una metáfora espacial al decirnos que nos entrega un esbozo de un mapa de un estudio diacrónico y transcultural.

Nos provoca con su pregunta acerca de si la juventud ha muerto, ya que sus argumentos nos invitan a asistir al sepelio y consecuente funeral, para el cual deberíamos vestirnos con el ropaje de la sociedad de la información y enviar nuestras condolencias por correo electrónico. Pero nos resistimos a la muerte de la juventud creada como categoría, como significado y como

sector, ya que eso implicaría abandonar el viejo principio de la creación de lo nuevo desde lo viejo, por lo que preferimos asumir que lo que hasta ahora ha definido a lo joven, se avejenta al ritmo de la transnacionalización del capital financiero y la mundialización de la cultura capitalista, para dar paso a nuevos protagonistas que sean capaces de construir una nueva sociedad... ¿viejas utopías para nuevos actores quizás?

Los que han construido lo juvenil en estos territorios deben sentirse satisfechos por la calidad humana y profesional de los trabajos aquí presentados, los históricos se reconocerían en estos relatos analíticos y reflexivos llenos de legitimación de sus artes, luchas, apropiación de espacios, creatividad política y sentido social; l@s de estos tiempos tienen el privilegio de disponer de una obra convincente y etnográficamente consistente, articuladora de experiencias diversas y constructora de sentidos, fuente de experiencias tanto luminosas y vivificantes como de trazos trágicos y vergonzantes, todas aportadoras de una praxis desde la cual se puede construir una juvenil manera de historizar, explicando lo que se vive transformándolo.

Es de gran valía el que confluyeran sujetos desde realidades diversas y con idiomas diferentes, para producir este encuentro excepcional que tiene a lo juvenil como eje temático, analítico y teórico. Haciendo historia de lo juvenil, abren caminos e instalan en estos territorios la conciencia social del protagonismo juvenil en la construcción de nuestras sociedades.

Roberto Morales Urra,
(Casi en la cincuentena)
Dr. Antropología Social · Académico UACH

